

CARTA ANUAL DEL SUPERIOR GENERAL
A LOS HERMANOS DE LA SOCIEDAD DE SAN PABLO

LA POBREZA

Camino de libertad, fraternidad y servicio

Queridísimos hermanos

La pobreza¹ es el tema sobre el cual les propongo reflexionar este año. Además de ser uno de los tres votos que caracterizan la vida consagrada, es también una de las “cuatro ruedas” del “carro paulino”. Esto significa que, para el Paulino, la pobreza es uno de los fundamentos de la vida, junto con la piedad, el estudio y el apostolado.

En la Carta anual sobre el apostolado² hicimos referencia al Paulino como “hombre de comunicación”; es decir, una persona llamada no solo a evangelizar con todos los lenguajes de la comunicación analógica y digital, sino también a ser él mismo hombre que busca vivir una verdadera comunicación (¡comunión!) con Dios, con los demás y consigo mismo, de tal modo que entregue su contribución para la construcción de una “cultura del encuentro”.

Esta persona, de la cual depende en gran medida el desarrollo del apostolado, es también sujeto llamado a vivir la pobreza y a asumirla en el contexto de su misión; es decir, en medio de la riqueza de posibilidades que ofrece hoy la cultura de la comunicación, como advierte nuestro Fundador: «*El Instituto debe ser pobre y rico al mismo tiempo. Pobre, por nuestra observancia individual de la pobreza, rico en medios para el apostolado*»³.

Con esta Carta Anual –que estuvo precedida por las Cartas sobre la santidad, el estudio y el apostolado– quiero ofrecer algunos puntos para la reflexión sobre la pobreza, en perspectiva paulina. Inicialmente hago algunas consideraciones acerca de la pobreza como propuesta para cuantos quieran disponerse al seguimiento de Jesús, de modo especial, para quienes pertenecen a la vida consagrada. Más adelante, presento algunos aspectos de la pobreza, que vivió, antes que nada el mismo Jesús y, después, su discípulo Pablo, subrayando tres realidades concretas experimentadas por el Apóstol y que para nosotros Paulinos, son referencia importante: la vida comunitaria, el trabajo, y la solidaridad con los pobres. Hacia el final, hago una breve referencia a la oración del *Pacto* o *Secreto de éxito* el cual, teniendo como trasfondo la pobreza, expresa nuestra confianza en Jesús Maestro, actitud imprescindible para afrontar los desafíos de nuestra misión en la cultura de la comunicación.

¹ [En la bibliografía no publicada en español, la traducción es nuestra]. Existen ya dos Cartas sobre la pobreza, escritas por otros Superiores Generales: P. Raffaele Tonni, *La povertà di Cristo è la nostra ricchezza*, en: *Bollettino San Paolo* n. 5, Diciembre 1976. P. Renato Perino, *Lettera del Superiore Generale per l'anno 1986-1987: “Lo spirito di povertà e di amore. Gloria e segno della Chiesa di Cristo”*, en: *Documenti dei successori di Don Alberione. Vol. 2*, pp. 101-127, (disponible en: www.paulus.net/doc/archivistorico/successori_2.pdf).

² Cfr. *Carta anual del Superior General. Apóstoles y comunicadores. Para una cultura del encuentro*. Boletín “San Pablo” n. 542, septiembre de 2018, pp. 54-75.

³ Santiago Alberione, *Vademecum*, n. 446.

I. Una propuesta válida para todos los cristianos

La pobreza es uno de los aspectos que caracterizan la vida paulina. Sin embargo, antes de ser un valor particular, es una invitación dirigida a todos los cristianos; es decir, a todos los bautizados que se proponen seguir a Jesús. En el Evangelio según san Mateo, cuando Jesús le pide al joven que deje todo, no estaba hablando con un religioso sino con una persona rica, apegada a sus posesiones (cfr. Mt 19,16-26).

Es oportuno considerar que, «para el Evangelio, la pobreza no es un consejo, sino una elección fundamental para todos los creyentes. La forma “profética” de la pobreza es un consejo; pero la pobreza como forma de vida es condición mínima para ser creyentes: “Ve, vende lo que tienes y dáselo a los pobres” es la propuesta para convertirse en cristiano (cfr. Mt 19,21). Mientras siga siendo un hombre rico, es decir, poniendo los cimientos de su vida en el poseer, es un ateo. Hasta que no elija a Dios como el fundamento de su vida, no podrá salvarse a sí mismo. Esta es una condición religiosa esencial, no un consejo. Es el fundamento del seguimiento»⁴.

Si la pobreza es una invitación dirigida a todos los cristianos, ¿qué significa para nosotros que la hayamos aceptado como un “consejo” y como una de las dimensiones esenciales de la vida paulina? ¿En qué consiste vivir como pobres en nuestra comunidad y en nuestro entorno apostólico? Antes de buscar una respuesta, recordemos que el Concilio Vaticano II, refiriéndose a los miembros de la vida consagrada, escribió lo siguiente: “Cultiven con diligencia los religiosos y, si es preciso, expresen con formas nuevas la pobreza voluntaria abrazada por el seguimiento de Cristo»⁵. En esta afirmación hay algo familiar para nosotros, porque, ciertamente, una de las nuevas formas de expresar la pobreza es la que se experimenta en el contexto de la vida paulina, es decir, de las personas consagradas llamadas a evangelizar en la esfera de la comunicación.

Antes del Concilio, el P. Alberione ya había sintetizado su enseñanza sobre la pobreza paulina, durante el curso extraordinario de ejercicios espirituales en Ariccia, en abril de 1960: «*La pobreza paulina tiene cinco funciones: renuncia, produce, conserva, provee, edifica. Renuncia a la administración, al uso independiente, a lo que es comodidad, gusto, preferencias; todo lo tiene en simple uso. Produce con un trabajo asiduo; produce en abundancia para dar a las obras y a las personas. Conserva las cosas que usa. Provee las necesidades que hay en el Instituto. Edifica, frenando la avidez de bienes*»⁶.

Si la pobreza de “color paulino” se caracteriza por estas cinco funciones, es necesario considerar que en la base de esta forma particular de expresar la pobreza, se encuentra la propuesta evangélica. Por el contrario, el riesgo es caer en una práctica funcionalista de la pobreza, en vista de una búsqueda desenfrenada de la eficiencia. Esto fue observado por el P. Rafael Tonni, entonces Superior General: «El difícil equilibrio entre la eficacia apostólica y la pobreza evangélica es, entre todos, el punto más delicado de nuestra vocación, y el que plantea mayores problemas, dando lugar a abusos considerables cuando se carece de un profundo sentido cristiano»⁷. Por lo tanto, uno de los desafíos es buscar la armonía, recuperando el significado evangélico y el sentido cristiano de la pobreza para constatar cómo estos se reflejan en nuestro estilo específico de vida consagrada.

2. La pobreza como desapego y libertad

Podemos considerar la pobreza desde muchos aspectos. De hecho, cuando hablamos de esta dimensión, entramos en una esfera de significados muy articulada y ambigua. Estos incluyen aquellos que le dan una connotación negativa; es decir, que no indican un valor, sino un mal que debe ser erradicado⁸. Entre las situaciones que podemos ubicar en este ámbito se encuentran, por ejemplo, la pobreza, la miseria, la opresión, la marginación, el hambre, la alienación, la

⁴ Rinaldo Fabris, *Paolo evangelizzatore e pastore*, Assisi, Cittadella editrice, 1982, p. 69.

⁵ Concilio Vaticano II, *Perfectae Caritatis*, n. 13.

⁶ Santiago Alberione, *Ut perfectus sit homo Dei I*, 447.

⁷ Raffaele Tonni, *La povertà di Cristo*, op. cit.

⁸ Renato Perino, *Lo spirito di povertà*, op. cit.

ignorancia, etc. No podemos olvidar aquí, el degrado de la creación que está estrechamente unido a la pobreza social⁹.

Somos conscientes de que la pobreza a la que nos referimos aquí, es algo totalmente diferente. Encontramos su verdadero significado en el Antiguo Testamento, con una expresión que luego es retomada en los Evangelios: “los pobres de Yahvé” (anawin). Son los que se fían en el Dios de la Alianza y solo de él esperan la salvación, sin recurrir a otras alianzas. Bajo esta luz, la pobreza se entiende como la disposición para fiarse exclusivamente de Dios¹⁰. Ser pobre es hacerse pequeño ante Dios y los hombres; significa reconocer la propia indigencia e impotencia, dejando de lado las actitudes de orgullo interno o externo, alejándose de los sueños y los proyectos de auto exaltación.

La pobreza, en el sentido cristiano común y, más aún, en su forma radical, tal como se propone en la vida consagrada, supone dos grandes objetivos conectados: desprenderse de las cosas (entre las que también incluimos ideas, personas, lugares, etc.) para “adherirse” a Dios. Así es como lo aclara nuestro Fundador: «Es necesario antes que nada aferrarnos a Dios, es decir, amarlo, y cuando amamos a Dios, todavía se usan las cosas de la tierra, todavía vamos a comer, todavía nos vestimos, todavía vivimos en una casa, pero todo esto para servir mejor, para amar más al Señor».¹¹

Vivir como pobre, por lo tanto, consiste en abandonarse completamente en Dios como único y sumo bien y en el desprendimiento de los bienes terrenos por amor a Dios y a los hombres¹². En este sentido, podemos decir con el beato Alberione que, hacerse pobre es «liberar el corazón de los tropiezos, de los apegos, de aquellas cosas que impiden el libre vuelo»¹³. Según él mismo, «quien está apegado, aunque sólo sea a un hilo, es como un pájaro atado: no puede lanzarse a volar hacia las alturas de la santidad».¹⁴

El desapego de las “cosas” en la sociedad en que vivimos hoy es un gran desafío. De hecho, habitamos un mundo con una oferta múltiple de cosas para consumir, que muchas veces invade a las familias y, en ocasiones, incluso a nuestras propias comunidades, con el riesgo de generar una tristeza individualista, que brota de un corazón cómodo y amargo, y de la búsqueda de placeres superficiales. En este contexto, estamos llamados a vivir la pobreza, no como una ley canónica a la cual obedecer ciegamente, sino sobre todo como una opción que nos lleva a adquirir la verdadera libertad.

3. La pobreza, entre el Evangelio y la ley

La pobreza como consejo evangélico nace del compromiso personal de seguir radicalmente a Jesús. No puede surgir de una imposición canónica, incluso si las leyes canónicas e institucionales ayudan a evitar abusos en caso de incumplimiento de este voto. El Concilio Vaticano II respecto a esto, dirigiéndose a los que pertenecen a la vida consagrada, afirma: «En lo que concierne a la pobreza religiosa, no basta con someterse a los Superiores en el uso de los bienes, sino que es menester que los religiosos sean pobres en la realidad y en el espíritu, teniendo sus tesoros en el cielo (cfr. Mt 6,20)».¹⁵

En este sentido, no es suficiente una pobreza solo de las cosas materiales, si el corazón permanece insensible, si esta observancia no conduce a la liberación con vistas a realizar una verdadera experiencia de Dios y para el servicio a los hermanos. Con respecto a las cosas materiales, la pobreza no puede reducirse a “ahorrar”, incluso si los ahorros son positivos para evitar excesos. En otras palabras, el “voto de pobreza” no es un “voto de ahorro”. A veces, alguien puede ser un gran ahorrador, pero estar tan afectado por un corazón cerrado que puede

⁹ Papa Francisco, *Laudato si'*, n. 16.

¹⁰ Cfr. *Documentos. Capítulo Especial 1969-1971*, Roma, Casa generalizia Società San Paolo, 1982, n. 439.

¹¹ Santiago Alberione, *Alle Suore di Gesù Buon Pastore*, Roma, Casa generalizia Suore di Gesù Buon Pastore, 25 maggio, 1984, 452.

¹² Cfr. *Constituciones y Directorio de la Sociedad de San Pablo*, art. 33.

¹³ Santiago Alberione, *Alle Figlie di San Paolo. Meditazioni e Istruzioni 1957*, Roma, Casa Generalizia Figlie San Paolo, 2013, p. 439.

¹⁴ Santiago Alberione, *Ut perfectus sit homo Dei I*, 453.

¹⁵ Concilio Vaticano II, *Perfectae Caritatis*, n. 13.

alcanzar la tacañería. De hecho, una pobreza que no surge de las convicciones internas sino que se refiere solamente a las cosas externas, puede generar actitudes mezquinas sobre las cosas en sí mismas.

La pobreza evangélica es aquella que coincide con la “pobreza en espíritu”, que nace de una opción personal libre y adulta, que conduce a la adhesión a Dios, a la apertura del corazón, al desapego de las cosas y las personas, a la generosidad, a la ruptura con la auto-referencialidad. Jesús dijo: «*Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos*» (Mt 5,3). “Pobres de espíritu” son aquellos que no tienen nada que atesorar y que dependen totalmente del Señor: él es su defensa y su riqueza. En otros términos, es una disposición del alma, una condición del espíritu que vuelve al hombre apto para el Reino de Dios¹⁶.

La “pobreza en espíritu” no puede convertirse en un principio abstracto. La advertencia de nuestro Fundador, dirigida a las hermanas Hijas de San Pablo, vale también para nosotros: «*No sean tan abstractas como quien, por mirar siempre las estrellas, termina cayendo en un pozo*». ¹⁷ La pobreza real en espíritu es la pobreza que se vive desde el interior (es decir, desde el ser) y se expresa externamente con actitudes de humildad, de simplicidad, de altruismo y generosidad. Por el contrario, los “ricos en corazón” son aquellos que se acomodan en su autosuficiencia, en su orgullo y en su egoísmo. Son aquellos que no necesitan a Dios ni a sus hermanos. De hecho, «*cuando el corazón se siente rico, está tan satisfecho de sí mismo que no tiene espacio para la Palabra de Dios, para amar a los hermanos ni para gozar de las cosas más grandes de la vida*». ¹⁸

Si una persona consagrada no trata de ser pobre en espíritu, ¡de hecho, nunca será pobre! Es la pobreza que proviene del interior del hombre la que lo motiva a buscar en la pobreza material la experiencia de la autenticidad. Es la pobreza en espíritu la que hace buscar las motivaciones esenciales de la vida, que se inspiran sobre todo en la Buena Nueva de Jesús y, en nuestro caso, en el carisma paulino. Se trata de asumir un estilo de vida simple y despojado de “cosas”, lo que conduce a la capacidad de donación, de servicio y de compartir. De lo contrario, la persona será un simple “ahorrador”: experimentará la “pobreza” como su obligación personal, por lo tanto con dificultades y, ciertamente, producirá pocos frutos de bien.

4. Jesús, el Maestro de la pobreza

Jesús, quien supo apartarse de todo, para dedicarse totalmente al proyecto que Dios Padre le encomendó, es nuestra primera referencia para la pobreza. No solo pronuncia discursos relacionados con la pobreza, sino que asume esta dimensión como un verdadero estilo de vida propio y personal. Jesús, nuestro Maestro, nació pobre, fue hijo de pobres y trabajó como el más simple de los artesanos¹⁹. Como discípulos, estamos llamados a entrar en su “escuela de la pobreza”.

Como observó nuestro Fundador, «muchas almas aman la humildad pero no la humillación, otras aman la pobreza, pero no las privaciones, y si tienen que hacer un sacrificio no se las encuentra, aman no hacer nada, que es contrario a la pobreza, Jesús nos enseñó la pobreza no tanto con las palabras sino con el ejemplo». ²⁰ La pobreza de Jesús es concreta, comenzando por la “pobreza del ser”; es decir, de la experiencia del abajamiento (*kénosis*).

La *kénosis* de Jesús es una pobreza abrazada por la causa del Reino: «Él, que era de condición divina, no consideró esta igualdad con Dios como algo que debía guardar celosamente: al contrario, se anonadó a sí mismo, tomando la condición de servidor y haciéndose semejante a los hombres. Y presentándose con aspecto humano, se humilló hasta aceptar por obediencia la muerte y muerte de cruz» (Filip 2,6.8). La auténtica y radical pobreza de Jesús consiste, por lo

¹⁶ Cfr. nota en *La Bibbia. Nuovissima versione dai testi originali. Nuovo Testamento*, vol. III, Cinisello Balsamo (Milano), Edizione Paoline, 1991, p. 86.

¹⁷ Santiago Alberione, *Alle Figlie di San Paolo. Meditazioni e Istruzioni 1929-1933*, Roma, Casa generalizia Figlie San Paolo, 2005, p.296.

¹⁸ Papa Francisco, *Gaudete et exultate*, n. 68.

¹⁹ Cfr. Santiago Alberione, *Vademecum*, n. 444.

²⁰ Cfr. Santiago Alberione, *Vademecum*, n. 457.

tanto, en el abajamiento de su persona, en el abandono de sí para imponer su “ser Dios”. Como afirma san Pablo: «Siendo rico, se hizo pobre por nosotros, a fin de enriquecernos con su pobreza» (2Cor 8,9).

La “pobreza del ser” en Jesús se manifiesta concretamente en su opción por vivir materialmente como pobre; es decir, de tener una vida simple, como la gran mayoría de su pueblo. Jesús sabe que la riqueza en sí misma encierra el corazón del hombre, llevándolo al dominio sobre los demás, generando una seguridad pavorosa, egoísta y restringida al propio “yo”. Entre las riquezas se encuentra el dinero. Jesús es consciente de los riesgos. Por ello puede decir: «Ningún servidor puede servir a dos señores, porque aborrecerá a uno y amará al otro, o bien se interesará por el primero y menospreciará al segundo. No se puede servir a Dios y al Dinero».²¹

Además de la libertad ante las riquezas, Jesús expresa su pobreza asumiendo un trabajo, El Hijo de Dios trabaja, Aquel que invocamos como Maestro, Camino, Verdad y Vida ha trabajado: «¡Un Dios que redime el mundo con las virtudes domésticas y con un duro trabajo hasta la edad de treinta años! Trabajo redentor, trabajo de apostolado, trabajo fatigoso».²²

La pobreza de Jesús se expresa también en las relaciones simples con las personas. Una pobreza que lo lleva a acoger a todos, especialmente a los marginados de su tiempo: los niños, las mujeres, los pecadores públicos, los enfermos... A todos les demuestra actitudes de compasión, acogida, escucha y misericordia. De hecho, «su ternura fue para los desheredados. Su predicación fue dirigida a elevar al pueblo».²³

Como Jesús, estamos llamados a realizar nuestro camino de *kénosis*, a unirnos a él en el vaciamiento de sí para estar libres para la misión. De nuestra parte significa desligarse de los bienes materiales pero también de nuestro “ego”, del orgullo, del egoísmo, del narcisismo, de la prepotencia, de la ambición, de la manía de ser jueces de los demás, de la tentación de ocupar los primeros puestos (¡y a veces hasta el puesto mismo de Dios!).

La pobreza vivida por Jesús es una invitación a sus discípulos, del pasado y del presente, a abandonarse confiadamente en las manos del Padre, a buscar primero el Reino de Dios y su justicia y a ser conscientes de que todas las otras cosas relacionadas a las necesidades primarias nos serán dadas por añadidura (cfr. Mt 6,33). El apóstol Pablo emprendió radicalmente este camino. El modelo de pobreza de Jesús está a la base de la pobreza paulina, que nosotros hemos recibido como herencia carismática.

5. El Apóstol Pablo y la pobreza

Entre los discípulos que asumieron la pobreza según la radicalidad propuesta por Jesús, se encuentra ciertamente Pablo, que para nosotros es el prototipo de apóstol²⁴; él es quien ejerció el verdadero apostolado de las ediciones²⁵; es de quien nosotros debemos asumir el espíritu, la mentalidad, el amor a Jesucristo y al amor a las almas²⁶. El Paulino aprende de Pablo a vivir la pobreza como disponibilidad apostólica.

En efecto, san Pablo logró la pobreza evangélica la cual generó en él una liberación total, hasta llevarlo al servicio, a la misión. Con él aprendemos que «*la pobreza evangélica*”, en el espíritu de Jesucristo, no es solamente desprendimiento sino que es mucho más: es liberación de los vínculos que

²¹ “Riqueza” es la traducción del término “mammón”, poder o propiedad, y como tal, es una realidad contrapuesta a Dios. «No se trata solamente del dinero en sentido técnico, sino del poder económico, que secuestra al hombre en manera totalizante, paralizante y alternativa respecto a Dios», en Victoriano Casas García, *Pobreza*, en Ángel Aparicio Rodríguez, Joan María Canals Casas (dirs.), *Diccionario Teológico del la Vida Consagrada*, Madrid, Publicaciones Claretianas, 1989, p. 1332. Jesús tomó otro camino: Él vivió en la actitud religiosa del pobre de Yahvé, abandonándose completamente en las manos del Padre, confiándole toda su persona hasta el gesto extremo del grito en la cruz, en el instante de su muerte: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc 23,46).

²² Santiago Alberione, *Abundantes divitiae*, 127-128.

²³ Santiago Alberione, *Catechismo Sociale*, 289.

²⁴ Santiago Alberione, *Vademecum*, n. 641.

²⁵ Santiago Alberione, *Carissimi in San Paolo*, p. 809.

²⁶ Santiago Alberione, *Vademecum*, n. 654.

nos tendrían atados a la tierra y es, al mismo tiempo, impulso para multiplicar las fuerzas y utilizar todos los medios al servicio de Dios y del Evangelio»²⁷.

En el seguimiento de Jesús también san Pablo hace su *kénosis*, que lo lleva a romper con ciertas convenciones religiosas que lo encerraban en un mundo de preceptos, al punto de llegar a la hostilidad abierta contra quienes pensaban diferente de él. Pablo mismo habla del desapego que sintió sobre su pasado como fariseo, a partir del encuentro con Cristo: «Todo lo que hasta ahora consideraba una ganancia, lo tengo por pérdida, a causa de Cristo. Más aún, todo me parece una desventaja comparado con el inapreciable conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor. Por él, he sacrificado todas las cosas, a las que considero como desperdicio, con tal de ganar a Cristo y estar unido a él, no con mi propia justicia –la que procede de la Ley– sino con aquella que nace de la fe en Cristo, la que viene de Dios y se funda en la fe» (Fil 3, 7-9).

La pobreza vivida por san Pablo es visible incluso en su capacidad de tomar distancia del deseo de conservar la propia patria, la lengua, la tierra natal, etc. para pertenecer a Cristo, a todo el mundo, a todas las personas... al punto de dar su vida por el Evangelio. En esta perspectiva, para que el Evangelio sea más conocido y aceptado por la gente, Pablo sufre a causa del hambre, de la sed, de la desnudez, que son las necesidades primarias enumeradas por Jesús: «No se inquieten por su vida, pensando qué van a comer, ni por su cuerpo, pensando con qué se van a vestir» (Mt 6,25).

San Pablo nos enseña que la pobreza conduce a una vida sobria y a la liberarse de las falsas seguridades, incluso la del dinero: contentémonos con el alimento y el abrigo. «Los que desean ser ricos se exponen a la tentación, caen en la trampa de innumerables ambiciones, y cometen desatinos funestos que los precipitan a la ruina y a la perdición. Porque la avaricia es la raíz de todos los males, y al dejarse llevar por ella, algunos perdieron la fe y se ocasionaron innumerables sufrimientos» (1Tim 6,8-10). Conviene tener presente que Pablo nos recuerda que el amor al dinero es la raíz de todos los males.

La pobreza que el Apóstol Pablo vivió es un valor que él asume como estilo de vida y que está en función de ámbitos importantes de la existencia que él mismo promovió en su actividad evangelizadora y que hoy son fundamentales en el seguimiento de Cristo, de modo particular para nosotros Paulinos. De aquellos, queremos recalcar la vida de comunión, el trabajo y la solidaridad con los pobres.

5.1 La vida de comunión

Tras los pasos de Jesús, san Pablo asume la pobreza como método, como estilo de vida, como ejercicio de vaciamiento de sí y de lo superfluo; no como mera práctica ascética sino como un camino que abre espacio a los otros, antes que nadie a Cristo Jesús y su Evangelio, mostrándonos que el anuncio del Evangelio no es una actividad solitaria. En efecto, constantemente él exhorta a la *koinonía* (“comunión”)²⁸, a la comunión de unos con otros en Cristo, es decir a la comunión con el Padre por medio del Hijo en el Espíritu Santo, que tiene su fundamento en el amor. Pablo insiste que ser cristiano consiste en entrar en esta vida de comunión.

Pablo habla de comunión con Cristo mediante la incorporación a él a través de su cuerpo cuando, por ejemplo, hace el discurso sobre la Eucaristía: «La copa de bendición que bendecimos, ¿no es acaso comunión [*koinonía!*] con la Sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es comunión [*koinonía!*] con el Cuerpo de Cristo? Ya que hay un solo pan, todos nosotros, aunque

²⁷ Santiago Alberione, *Vademecum*, n.449.

²⁸ «La palabra *koinonía* en el Nuevo Testamento (comúnmente traducida como “comunión” o “comunión fraterna”) unifica un cierto número de conceptos como unidad, vida común, compartir y participar. La forma verbal de la cual deriva “compartir”, “participar”, “formar parte de”, “tener algo en común” o bien “obrar juntos”. El sustantivo puede significar hermandad (comunión fraterna) o comunidad. En general expresa una relación basada en la participación y una realidad compartida (cfr. 1Cor 10,16)», en: Giovanni Cereti, *Comunione*, en: Giuseppe Barbaglio, Giampiero Bof e Severino Dianich (a cura di), *Dizionario di Teologia*, Cinisello Balsamo (Milano), San Paolo, 2002, p. 256.

somos muchos, formamos un solo Cuerpo, porque participamos de ese único pan» (1Cor 10,16-17). La comunión en Cristo mueve a la comunión con los hermanos. La comunión se hace fraternidad.

La comunión auténtica con Cristo, cuyo camino supone el continuo ejercicio de la pobreza, conduce al cristiano al compartir con los hermanos todo aquello que recibieron del Señor, es decir los talentos, los dones espirituales, los bienes materiales, morales e intelectuales. Mirando nuestra realidad paulina, podemos afirmar que sentirnos en comunión es fundamental para la vida en comunidad y para el desarrollo del apostolado, dos realidades no contrapuestas sino complementarias: una comunidad para el apostolado.²⁹

5.1.1 En comunión en la comunidad

La comunidad cristiana, según la concepción paulina, es un cuerpo en el cual cada miembro, en comunión con los otros, tiene su importancia y función. En este sentido, “comunión” no significa uniformidad sino unidad en la diversidad de dones: *«Porque así como en un solo cuerpo tenemos muchos miembros con diversas funciones, también todos nosotros formamos un solo Cuerpo en Cristo, y en lo que respecta a cada uno, somos miembros los unos de los otros»* (Rm 12,4-5).

En concreto, la vida de comunión es relacionalidad. La calidad de una comunidad depende de la calidad de las relaciones (con Dios y con los demás). La relacionalidad, a su vez, depende de la comunicación como capacidad de escucha, de buscar al otro y de reconocer su alteridad, rompiendo el círculo cerrado de la autosuficiencia y de la autorreferencialidad.

La relacionalidad conduce a alimentar la capacidad de diálogo, entendido como ese coloquio que hace capaz de reconocer a cada uno las riquezas del otro, sin miedo y con simplicidad, acogiendo y comprendiendo al otro así como es, apreciando todas sus riquezas, escuchando sus necesidades, para servirlo con prontitud, perdonando sus deficiencias y sus errores. Es una relación de reciprocidad. Tal camino del diálogo exige un continuo “vaciamiento”.

Observando nuestras comunidades, vemos que en ciertos lugares, todavía cuesta vivir la unidad en la diversidad de dones. Urge retomar el sentido de la vida en común, buscando el camino de una verdadera *koinonía* en las realidades concretas que vivimos. La situación se torna grave cuando, no obstante se celebra asiduamente la Eucaristía, ésta aún no repercute en la vida, no crea “comunión”.

No basta vivir juntos, como ya advertía el beato Alberione. En el internado, en el pensionado, en el cuartel se vive también juntos, pero allí no hay vida en común.³⁰ Por lo tanto, ¿qué significa “vida en común”? El Fundador mismo nos responde así: *«Quiere decir unidad en el pensamiento, unidad en las obras, dirección única en el hablar, unidad en los sentimientos, unidad en los fines. Todos deben contribuir a la finalidad principal y a la finalidad secundaria: la santificación personal y del apostolado»*,³¹ Una de los medios para construir la unidad, como estamos recalcando, es la “pobreza”, en el sentido más profundo, como disponibilidad de apertura a Dios y a los hermanos, para la misión.

5.1.2 En comunión en el apostolado

La pobreza vivida por el apóstol Pablo se expresa en su esfuerzo continuo por relacionarse con las personas involucradas en su trabajo pastoral y con las diferentes comunidades que él fundó. Pablo nos enseña que la pobreza exige vivir en la gratuidad, fundada, a su vez, en la gratuidad de la salvación, pagada a un precio alto por Jesús en la cruz pero ofrecida gratuitamente a todos. Una gratuidad que mueve a trabajar en colaboración, en sinergia.

²⁹ *«Puesto que el fin de nuestro instituto se consigue mediante un apostolado eminentemente comunitario, todos los miembros cultiven la colaboración fraterna y la amistad, ayudándose mutuamente para corresponder a la común vocación»*, *Constituciones y Directorio de la Sociedad de San Pablo*, art. 15.

³⁰ Cfr. Santiago Alberione, *Ut perfectus sit homo Dei I*, 284.

³¹ Santiago Alberione, *Vademecum*, n. 540.

Pablo, de hecho lleva adelante su trabajo de evangelización, en red. La evangelización no es una actividad solitaria. Aun cuando su apostolado haya sido genial y muy particular su vocación, se ha tratado siempre de una iniciativa común al servicio del Evangelio.³² Sabemos, por sus cartas, acerca del gran número de colaboradores en Cristo que trabajaban con él, que lo ayudaban a edificar las comunidades y que predicaban el Evangelio.³³ Pablo, en efecto, «tenía numerosos colaboradores que lo ayudaban formando una red a su alrededor. Este círculo de colaboradores se desarrolló gracias a la interacción de Pablo y sus comunidades. Con este ‘equipo’, dirigía su evangelio tanto a los hebreos como a los gentiles, si bien este último grupo pareciera haber sido su primer objetivo».³⁴

Respecto al trabajo en corresponsabilidad y sinergia, no son pocas las palabras de nuestro Fundador, si bien, con certeza, nunca usó específicamente estas expresiones. La similitud del apostolado a una “orquesta” es un ejemplo clásico que expresa esta idea: «El apostolado paulino exige un nutrido grupo de redactores, técnicos y propagandistas. Todos deben armonizarse, como se armonizan los artistas cuando presentan una buena obra. ¡Cuántas voluntades y energías desunidas, desorganizadas, se agotan en deseos, en tentativas, en desilusiones! Se necesita que todos, conjuntamente, se pongan a preparar el pan del espíritu y de la verdad».³⁵

El apostolado desarrollado “en comunión”, nos lleva a mirar al otro, Paulino o laico que trabaja con nosotros, como competencia, sino más bien como colaborador. Ciertamente, es un desafío vivir la comunión no solo como una realidad reservada al ambiente comunitario sino también como una experiencia que se vive comunitariamente, sí, pero que se manifiesta en la misión.

La eclesiología de la comunión y la participación, que a menudo difundimos a través de nuestras publicaciones a los demás, es un modelo para llevar a la práctica también en nuestra organización apostólica, considerando que la verdadera evangelización, como presupuesto, comienza partiendo desde adentro, para que nuestro mensaje sea creíble. Esto significa que debemos considerar, sin duda, las leyes de la industria, del comercio, del mundo del trabajo, etc., que deben ser tomadas en consideración respecto de la naturaleza de nuestro apostolado. Sin embargo, tales normas del mercado, frías y a veces excluyentes, no pueden prevalecer por sobre nuestras relaciones humanas. De hecho, «¡no había necesidad de un instituto religioso para hacer industria! ¡No se necesitan personas consagradas a Dios para hacer comercio!».³⁶

5.2 La dignidad del trabajo

San Pablo, siguiendo el ejemplo de su maestro Jesús, manifiesta concretamente la pobreza viviendo como trabajador. Si Jesús fue un trabajador manual (cfr. Mt 6,3) e hijo de un artesano (cfr. Mt 13,55), lo mismo fue para Pablo, fabricante de tiendas (cfr. Hech 18,3). Para no ser un peso en sus comunidades, él mismo afirma que se esforzaba trabajando con sus propias manos (cfr. 1Cor 4,12). Recordemos que, en los tiempos de Pablo, «los hombres libres no trabajaban con su propias manos. Desde muy joven, Pablo aprendió un oficio manual: fabricar tiendas. Con este trabajo se mantuvo en Corinto, Tesalónica y durante sus viajes; cuando se le terminaban sus provisiones y no recibía más la ayuda generosa de la comunidad de Filipos o de otros hermanos, trabajaba con sus propias manos».³⁷

Si bien Pablo, considerando su ministerio, es consciente del derecho de ser sostenido por la comunidad (cfr. 1Cor 9, 14.15), renuncia a ello para no ser de “peso”: «Recuerden, hermanos, nuestro trabajo y nuestra fatiga cuando les predicamos la Buena Noticia de Dios, trabajábamos día y noche para no serles una carga” (1Tes 2,9). Para Pablo, «ningún cristiano, por el hecho de formar

³² Cfr. Jean-Michel Poffet, *Paolo di Tarso*, Cinisello Balsamo (Milano), San Paolo, 2002, p. 100.

³³ Podemos corroborar la cantidad de amigos y colaboradores de san Pablo, por ejemplo, en el capítulo 16 de la Carta a los Romanos.

³⁴ Lambertus J. Lietaert Peerbolte, *Paolo il missionario. Alle origini della missione cristiana*, Cinisello Balsamo (Milano), San Paolo, 2006, p. 297-298.

³⁵ Santiago Alberione, *Ut perfectus sit homo Dei I*, 288.

³⁶ Santiago Alberione, *Haec meditare II*, Alba-Roma, Figlie San Paolo, 1942, pp. 173-174

³⁷ Rinaldo Fabris, *Paolo evangelizzatore e pastore*, op. cit., p.75.

parte de una comunidad solidaria y fraternal, debe sentirse con el derecho de no trabajar y de vivir a costa de los demás».38

La comunidad cristiana, para san Pablo, no se contrapone a la civil, respecto a la responsabilidad para con el trabajo. Este es una obligación para todos y un deber natural. En la misma línea se encuentra también el beato Alberione, cuando afirma que «el trabajo es un deber natural para todos. También Jesucristo trabajó. Es, además, deber de caridad, secreto de mérito y felicidad, es contribución al bien común».39 De ahí su advertencia, muy conocida, sobre que «la vida religiosa para los vagos es, bajo un aspecto, una tremenda desgracia [...] Si hubiesen permanecido en el mundo, habrían trabajado por ley de necesidad [...] y hubiesen tenido que rendir una cuenta menos grave a Dios, hubiesen dado menos escándalo en la comunidad, y hubiesen sido más virtuosos».40

Pero, ¿qué trabajo? Considerando la realidad de nuestra vida y misión, el P. Alberione tiene una visión amplia del trabajo. Para él, en el trabajo se conjugan dos elementos esenciales: actividades y fines útiles. En este sentido, además del trabajo manual, existe el trabajo intelectual, el trabajo interior, el trabajo moral, el trabajo espiritual, etc.41 «Nosotros imitamos más a Dios cuando trabajamos, cuando ponemos en actividad la inteligencia para aprender cosas, la salud para obrar, la fuerza necesaria para rezar, ¡porque la oración es una actividad fatigosa! Por eso debemos considerar que la pobreza se manifiesta en el trabajo. Producir para nosotros y para los demás».42

La vida paulina, asociada a la exigencia del voto de pobreza como consejo evangélico, requiere de nosotros que seamos auténticos trabajadores. «El apostolado es el medio de vida para nuestras casas porque ese es nuestro modo ordinario de vivir; la beneficencia y las donaciones son secundarias».43 El trabajo, por otro lado, se hace prácticamente imposible cuando se vive en medio de las riquezas, las cuales atrofian las energías humanas, convirtiendo a la persona en esclava de la haraganería, de la comodidad y de la indolencia. ¡Es urgente, entonces, retornar al sentido de la pobreza!

5.3 La solidaridad con los pobres

El apóstol Pablo se abrió a todos para el anuncio del Evangelio (cfr. 1Cor 9,22). Se cuentan entre estos, todos aquellos que vivían la pobreza en el sentido negativo del término. La sensibilidad de Pablo para esta categoría de pobres está presente en su vida cuando, por ejemplo, organiza la colecta a favor de la comunidad cristiana de Jerusalén (cfr. 2Cor 8-9), para proveer a sus necesidades materiales.

Esta “colecta internacional” contra el hambre no se reduce a una simple recaudación. «Para el apóstol, la colecta es más que un simple gesto de socorro mutuo. La solidaridad económica (kononía) es una forma necesaria de amor fraterno».44 Pablo la llama “servicio”, “obra de caridad”, “favor generoso”, “servicio sagrado”, etc. Él es consciente de que esta acción no puede ser una imposición sino más bien, algo que todo cristiano está llamado a ofrecer, según su generosidad, que debe tener como referencia la generosidad de Jesús.

Pablo es consciente de que la contribución no puede ser forzada ya que no sería generosidad. Por ello, escribe: «Que cada uno dé conforme a lo que ha resuelto en su corazón, no de mala gana o por la fuerza, porque Dios ama al que da con alegría” (2Cor 9, 7). Y da a entender, claramente, que «el que siembra mezquinamente, tendrá una cosecha muy pobre; en cambio, el que siembra con

³⁸ Antonio Bonora, *Trabajo*, en: Pietro Rossano, Gianfranco Ravasi, Antonio Girlanda (dirs.), *Nuevo diccionario de teología bíblica*, Madrid (España), Ediciones Paulinas, 1990, p. 1906.

³⁹ Santiago Alberione, *Catechismo sociale*, 120.

⁴⁰ Santiago Alberione, *Carissimi in San Paolo*, p. 1085.

⁴¹ Cfr. Santiago Alberione, *Alle Famiglie Paoline*, Roma, Edizione Paoline, 1954, p. 50.

⁴² Santiago Alberione, *Voto di povertà*, Raccolta di Grottaferrata; cita referida en: *Documentos. Capítulo General Especial 1969-1971*, n. 443.

⁴³ Santiago Alberione, *Carissimi in San Paolo*, p. 177.

⁴⁴ Victoriano Casas García, *Pobreza*, Ángel Aparicio Rodríguez, Joan María Canals Casas (dirs.), *Diccionario Teológico de la Vida Consagrada*, op. cit., p. 1340.

generosidad, cosechará abundantemente» (2Cor 9,6). Siguiendo los pasos de Jesús, san Pablo, pues, motiva a los cristianos a abrirse a los necesitados.

La sensibilidad hacia los pobres y a los enfermos debe habitar en el corazón del Paulino y en la pastoral de la comunicación, siguiendo los pasos de nuestro Fundador quien, en su tiempo, afirmaba esto: «La vida de Jesucristo es ley y camino para todos. Él fue ecuánime e imparcial entre las discordias, las rivalidades, las clases sociales; no escondió, sin embargo, su simpatía profunda, su premura particular y su defensa por la clase proletaria, por los pobres, por los que sufren; precisamente porque son débiles. Imparcialidad no significa insensibilidad hacia quien sufre injusticias civiles y prepotencias, [hacia quienes] tienen que defender sus conquistas obtenidas fatigosamente».⁴⁵

Esa sensibilidad por los pobres se manifestó en nuestro Capítulo General Especial (1967-1971), suceso que, entre otros objetivos, tuvo la preocupación de *aggiornar* nuestra vida paulina a la luz del Concilio Vaticano II. Es interesante que en este Capítulo aparece la idea de adoptar a escala local, provincial o general, alguna iniciativa para sensibilizar nuestras comunidades sobre la presencia de los pobres en el mundo, como por ejemplo, la celebración anual de la Jornada de los Pobres, junto a la Familia Paulina, con iniciativas en los distintos territorios a favor de los pobres de las zonas en las que ellos habitan.⁴⁶

Si esta iniciativa no ha progresado, en todo caso, ha anticipado de alguna manera la “Jornada Mundial de los Pobres”, proclamada por el papa Francisco en la Iglesia universal. El mismo Papa explicó así su sentido: «Esta Jornada tiene como objetivo, en primer lugar, estimular a los creyentes para que reaccionen ante la cultura del descarte y del derroche, haciendo suya la cultura del encuentro. Al mismo tiempo, la invitación está dirigida a todos, independientemente de su confesión religiosa, para que se dispongan a compartir con los pobres a través de cualquier acción de solidaridad, como signo concreto de fraternidad. Dios creó el cielo y la tierra para todos; son los hombres, por desgracia, quienes han levantado fronteras, muros y vallas, traicionando el don original destinado a la humanidad sin exclusión alguna».⁴⁷

Esta exhortación se dirige a todos, también a nosotros, porque con nuestro apostolado, en y con la comunicación, con los medios analógicos y digitales, podemos hacer nuestra parte. Esa la parte importante que podemos ofrecer es el ayudar a la Iglesia a formar una «*mentalidad nueva en la sociedad*»⁴⁸, inspirada en el Evangelio.

Jesucristo, primero que todo, es el “pan-verdad”⁴⁹, para ser ofrecido a la humanidad, en un mundo lleno de hambre y de sed de amor, de justicia, de esperanza, de solidaridad... y también de deseo de vida. Nuestro Fundador, nos exhorta de esta manera: «Como se hacía, en general, en la puerta de los conventos, en los tiempos pasados se distribuía la sopa, se distribuía el pan y aún se hace en muchos lugares, lo mismo en la puertas de los conventos es necesario distribuir la verdad. Aquello que el hombre precisa: conocer a Dios, conocer su destino eterno».⁵⁰

Desde este punto de vista, actualizando uno de los tantos desafíos de hoy, podemos decir que es necesario continuar presentando la verdad en un contexto cultural donde, particularmente con la evolución del ambiente digital, crece la posibilidad de difusión de las “fake-news”. Forma parte de nuestra misión, por ejemplo, combatir las noticias falsas⁵¹, proclamar siempre la verdad y denunciar cuando esta es manipulada y mistificada.

La solidaridad con los pobres (¡en todos los sentidos!), es una invitación a romper la autorreferencialidad institucional y a mirar la realidad concreta del pueblo, una realidad de «*mujeres y hombres de nuestro tiempo, con sus heridas e inquietudes, con las dudas y miedos que*

⁴⁵ Santiago Alberione, *Catechismo sociale*, 289.

⁴⁶ Cfr. *Documentos. Capítulo Especial 1969-1971*, op. cit., n. 459.

⁴⁷ Papa Francisco, *Mensaje para la I Jornada Mundial de los pobres: “No amemos de palabra sino con obras”*, 19 de noviembre de 2017, n. 6.

⁴⁸ Santiago Alberione, *Vademecum*, n. 1337.

⁴⁹ Cfr. Santiago Alberione, *Carissimi in San Paolo*, p. 124.

⁵⁰ Santiago Alberione, *Vademecum*, n. 1045.

⁵¹ Cfr. Papa Francisco, *Mensaje para la 52 Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales: “La verdad los hará libres (Jn 8,32). Fake news y periodismo de paz”*, 13 de mayo de 2018.

albergan en el corazón, para intentar ofrecerles el encuentro con el Dios de la esperanza que rompe el muro de la indiferencia y ofrece una razón de vida, un motivo para esperar».52

6 El Pacto

El tema de la pobreza, de la cual se han desarrollado algunos aspectos en esta Carta, se ofrece como propuesta de reflexión, justamente en el año en el que celebramos el Centenario de la oración del *Pacto o Secreto de Éxito*, recitada por primera vez el 6 de enero de 1919, por el beato Alberione con los primeros Paulinos.

El *Secreto de Éxito* es la oración que expresa nuestra confianza en Jesús y el reconocimiento de que, todas las gracias para llevar adelante el apostolado, provienen de él, no obstante nuestra insuficiencia en todo. La pobreza se encuentra en la base de esta oración, la cual, en la versión original, estuvo escrita bajo la forma de letra de cambio, firmada, precisamente, por el P. Alberione y por el P. Giaccardo, sucesivamente traducido como fórmula de un pacto bilateral, estipulado entre los Paulinos y Jesús Maestro, teniendo como testigos a san Pablo y María, Reina de los Apóstoles.⁵³

Considerando que hubo muchas dificultades para la formación de los primeros jóvenes para desenvolverse en el apostolado paulino, y las pocas reservas materiales de los inicios de la Sociedad de San Pablo (y de la Familia Paulina), el contenido del *Secreto de Éxito*, –que en realidad, es una auténtica “alianza”– manifiesta la confianza total en Jesús. Se confía en el hecho de que el Señor otorgará santidad, ciencia y habilidad para el trabajo, haciendo que se aprenda el cuatro por uno, dando a la santidad el diez por uno, el cinco por uno a la habilidad para trabajar, y el seis por uno a los bienes materiales. Aquellos jóvenes se empeñaban, como contrapartida, a hacer todo lo posible en el estudio, el trabajo, la oración y a practicar la pobreza; a hacer todo lo posible para gloria de Dios; a trabajar un día en la obra de la buena prensa.⁵⁴

En la oración se enuncia una “pobreza negativa”, que compete a la persona humana; es decir, la insuficiencia en el espíritu, la ciencia, el apostolado y la pobreza misma. Se da razón, por otra parte, a la necesidad de entrar en la dinámica de una “pobreza positiva”, que lleva a la humildad, al reconocimiento de los propios límites y a confesar que todas las gracias y también los frutos del apostolado provienen de la fidelidad a Jesús y a su Palabra.

Los tiempos han cambiado, respecto a la época en la que fue compuesta la oración del *Secreto de éxito*. El campo de la comunicación se ha transformado, especialmente con la irrupción de las tecnologías digitales. Las cuestiones concretas del mundo devienen siempre más complejas (a nivel eclesial, social, político, cultural, ecológico, etc.). Se vuelve más urgente la necesidad de adaptar el lenguaje a cada interlocutor. Se torna insistente, por lo demás, el desafío de no perder la dimensión de la pastoralidad, de la universalidad, de la profecía del apostolado y de un trabajo siempre más estrecho con los colaboradores laicos. Y, en medio de tantas exigencias, continuamos, lógicamente, a sentirnos “insuficientes” en todo.

Dicha autoconciencia, requiere una preparación continua para llevar adelante los compromisos, especialmente en el área formativa y en la apostólica. Desde esta perspectiva, también para el estudio –en el sentido de “estudiosidad”, tal como la hemos heredado del Fundador– se requiere la “pobreza”, o sea, la humildad de reconocer que siempre tenemos algo más que aprender. Lo mismo podemos decir respecto a la búsqueda continua de la santidad, la cual requiere dejarse guiar por el Espíritu de Jesús, a fin de responder a los desafíos de nuestra misión hoy.

⁵² Dario Edoardo Viganò, *De qué modelos de comunicación necesita la Iglesia en mundo de hoy*, en: *Actas del 2 Seminario Internacional de Editores Paulinos*, Roma, 2017, p. 101.

⁵³ Cfr. Raffaele Tonni, *La povertà di Cristo*, op. cit.

⁵⁴ Cfr. Giuseppe Barbero, *Il Sacerdote Santiago Alberione. Un uomo-un'idea*, Roma, Società San Paolo, 1987, p. 296.

Bajo la luz del Pacto, somos conscientes de que «*podemos fallar nosotros, con nuestra inconstancia y debilidad en la fe, pero Dios no: él nunca*».55 En este transitar confiado, estamos, por lo tanto, llamados a vivir la pobreza que emana del Evangelio y que ilumina la “pobreza paulina” con sus cinco funciones (renuncia, produce, conserva, provee y edifica), acciones decisivas para el desarrollo de nuestro apostolado en la cultura de la comunicación.

Queridísimos hermanos, la pobreza es un “valor” que forma parte de la identidad del “Paulino, hombre de comunicación”. Como ya dijimos, el ejercicio de la pobreza, que implica un “vaciamiento”, es un camino imprescindible para llevar adelante la misión paulina, la cual, entre otros aspectos, supone una vida de comunión, la valorización del trabajo y la apertura a las necesidades concretas de la gente, especialmente de los pobres.

La pobreza, con todo, tiene sentido cuando la vivimos, siguiendo los pasos del apóstol Pablo, como seguimiento de Jesús. Al respecto, son oportunas las palabras del papa Francisco: «*¿Nos basta Jesús o buscamos las seguridades del mundo? Pidamos la gracia de saber dejar por amor al Señor: dejar las riquezas, la nostalgia de los puestos y el poder, las estructuras que ya no son adecuadas para el anuncio del Evangelio, los lastres que entorpecen la misión, los lazos que nos atan al mundo. Sin un salto hacia adelante en el amor, nuestra vida y nuestra Iglesia se enferman de «autocomplacencia egocéntrica» (Evangelii gaudium, 95): se busca la alegría en cualquier placer pasajero, se recluye en la murmuración estéril, se acomoda a la monotonía de una vida cristiana sin ímpetu, en la que un poco de narcisismo cubre la tristeza de sentirse imperfecto*».56

Antes de concluir me permito formular algunas preguntas, como propuestas para una reflexión sobre la pobreza, entre tantas cosas que pueden hacer del corazón de cada uno: ¿Qué significa la pobreza en nuestra vida de consagrados paulinos? ¿Qué podemos evidenciar nosotros de la pobreza vivida por Jesús, san Pablo y el beato Alberione? ¿Qué relación hay, concretamente en nuestra vida, entre pobreza y santidad, estudio y apostolado? ¿Qué nivel de sensibilidad tenemos respecto a nuestros destinatarios e interlocutores, especialmente los pobres? ¿Qué hacemos, en concreto? ¿Cómo son nuestras relaciones humanas en las comunidades y en el apostolado y qué tiene que ver la pobreza en estos ámbitos? ¿De qué modo puede ayudarnos la pobreza en el trabajo apostólico y en el aventurarnos a iniciativas inéditas?

En conclusión, la “pobreza” sea para todos nosotros un verdadero camino de acercamiento a Dios, a los hermanos y al pueblo de Dios, al cual hemos sido llamados a servir. Ella nos ayude a abrir el corazón para hacer que germinen sueños, se susciten profecías, florezcan esperanzas y se entrelacen relaciones. La vida de pobreza nos ayude a ser una “Congregación sinodal”, cuyos miembros caminen juntos, buscando en la escucha, la acogida, el perdón y el diálogo, el anuncio del Evangelio con la propia vida y con los medios de nuestro apostolado, en la cultura de la comunicación.

Nos dirigimos, hacia el final de esta Carta, a María, Reina de los Apóstoles. Ella, la “Sierva del Señor”, vivió en plenitud la pobreza y proféticamente, en el “Magnificat”, reconoció la acción de Dios en la historia, a favor de los pobres: «*Derribó a los poderosos de su trono y elevó a los humildes*» (Lc 1,52). María nos acompañe en el seguimiento de Jesús pobre, de modo que nuestra pobreza, vivida al estilo paulino, nos conduzca a la libertad, a la fraternidad y al servicio del pueblo de Dios con la comunicación y en la comunicación.

Fraternalmente.

Roma, 26 de mayo de 2019

⁵⁵ Santiago Alberione, *Para un renovación espiritual*, Cinisello Balsamo (Milano), Edizioni San Paolo, 2006, p. 45.

⁵⁶ Papa Francisco, *Homilía. Santa Misa y Canonización de los beatos Pablo VI, Oscar Romero y otros*, 14 de octubre de 2018.

VI Domingo de Pascua

P. Valdir José De Castro, SSP
Superior general

Valdir José De Castro